

LA GRATITUD. LA FE COMO DON

Entrar en la esfera de la gratuidad y de la gracia es entrar en la esfera de la humildad y aprender algo muy elemental, pero imprescindible para vivir: “Todos los hombres mortales se hallan entumecidos por la soberbia. Pues aun cuando existieron algunos varones de espíritu humilde, como los profetas y los patriarcas, no obstante, el género humano se desdeñaba imitar a estos hombres humildes. Para que el hombre no se avergonzase de imitar al hombre humilde, se humilló Dios, a fin de que de esta manera no se desdeñase la soberbia del género humano seguir las huellas de Dios” (Comentario al salmo 33, 1, 4). Es verdad que todo es gracia, todo es don, pero no es menos verdad que no siempre sabemos y experimentamos que eso sea así, por eso hemos de aprender a descubrirlo permanentemente, para poder hacerlo tenemos los ojos del corazón y la luz de Dios: “Los ojos de la carne buscan esta luz; los del corazón buscan otra luz. ¿Quieres ver la luz que se divisa con los ojos del corazón? Dios es tal luz. *Dios es luz*, dice San Juan, y *en El no hay tinieblas*. ¿Quieres ver esta luz? Limpia el ojo con el que se ve, pues dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*” (Comentario al salmo 26, 2, 15).

De hecho, los ángeles, iluminados por la luz que los creó, se tornaron luz, parece que es el destino de todos los santos que han de ser transformados en luz y que, ya en la tierra, relfejan algo de esa luz en la que se van transformando poco a poco. Pero es importante darse cuenta de que los ángeles no tienen nada por sí, sino que todo es don para ellos, son luz en Dios: “Al presente, ya que me he propuesto hablar sobre el origen de la Ciudad santa, y me pareció bien tratar primero de lo pertinente a los santos ángeles, que son una parte no pequeña de esta ciudad, y tanto más feliz cuanto que nunca ha sido peregrina... Si en la perícopa: *Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fue hecha*, se entiende rectamente en la luz la creación de los ángeles, sin duda fueron hechos particioneros de la luz eterna, que es la misma Sabiduría inmutable de Dios por la que fueron hechas todas las cosas, conocida con el nombre de Unigénito de Dios. De esta suerte, iluminados por la luz que los creó, se tornaron luz, y se llamaron día por la participación de esa luz y de ese 'día inmutable que es el Verbo de Dios, por el cual fueron hechos ellos y los demás seres. *La luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* ilumina también al ángel puro, a fin de que sea luz no en sí mismo, sino en Dios” (La ciudad de Dios 11, 9).

Si el ángel se aparta de Dios, ya no es luz, sino tinieblas: “Si el ángel se aparta de El, se torna impuro, como lo son todos los espíritus llamados inmundos, que no son ya luz en el Señor, sino tinieblas en sí mismos, privados de la participación de la luz eterna. El mal no tiene naturaleza alguna, sino que la pérdida del ser tomó el nombre de mal” (La ciudad de Dios 11, 9). En otro lugar dice Agustín, refiriéndose a los ángeles: “Pues hemos de confesar que los ángeles son también por naturaleza mudables, si sólo a Dios le conviene la esencia inmutable; mas por aquella voluntad con que aman a Dios más que a sí mismos permanecen firmes y estables en El y gozan de su majestad, sometiendo únicamente a El con gratísima adhesión. Pero el otro ángel, amándose a sí mismo más que a Dios, no quiso mantenerse sumiso, y se entumeció por la soberbia, y, separándose de la soberana esencia, se arruinó; y por eso quedo disminuido en su primitivo ser, por querer gozar de lo que era menos, alzándose con su poder contra el de Dios. Porque entonces, aunque no era soberano ser, poseía una naturaleza más excelente, cuando gozaba del sumo Bien, que es Dios sólo” (La verdadera religión 13, 26).

También el hombre todo lo que tiene es don de Dios, es regalo, hasta el punto que Agustín llega a afirmar que lo que es nuestro es el pecado, la apariiencia, el disimular lo que somos y ocultarnos detrás de no sé qué máscaras: “El hombre no permanece en sí, pues se muda y cambia si no participa de Aquel que permanece en sí mismo, que es el *idipsum*. Cuando ve a Dios, permanece. Cuando ve al que Es, entonces él es; viendo al que Es, se hace también él mismo, según su capacidad, ser. Luego el es Israel; Israel que está viendo a Dios. El soberbio no es Israel, porque no participa del *idipsum*, de la permanencia, puesto que quiere ser para sí *idipsum*; y el que quiere ser para sí principio o fundamento, no es Israel. El que finge no es Israel, y todo soberbio necesariamente finge. Digo, hermanos, que todo el que es soberbio, necesariamente quiere aparecer lo que no es; hermanos míos, no puede suceder de otra manera... El soberbio, lo que es peor, quiere aparentar ser justo, sin serlo. Y como es difícil conocer la justicia, es difícil conocer a los soberbios. Los soberbios quieren aparecer lo que no son; por eso no participan del *idipsum*, no pertenecen a Israel, que es el que ve a Dios. ¿Quién pertenece a Israel? El que participa del *idipsum*. ¿Quién participa del *idipsum*? El que confiesa que él no es lo que es Dios y que tiene de Dios lo bueno que puede tener. De sí mismo sólo tiene el pecado; de Dios, la justicia... Como la soberbia presume, la humildad confiesa. Como es presuntuoso el que quiere aparecer lo que no es, así es confesor el que no oculta aparecer lo que es y ama (aparecer) lo que es” (Comentario al salmo 121, 8).

También la fe es don de Dios y dádiva suya, no nos inventamos nosotros el creer, sino que se nos concede, se nos da: “Por lo mismo, hermanos míos, para que sepáis que también nuestra fe nos viene de Dios, el Señor, orad por aquellos que aún no han creído. Si alguien tiene un amigo que es quizá todavía infiel, le exhorto a que ore por él. ¿Pero en verdad es necesario que le exhorte? El marido es cristiano, la esposa es infiel: ¿no ora por su esposa para que crea? La esposa es cristiana e infiel el marido: ¿no ora la mujer piadosa por su marido para que crea? Cuando quien ora pide esto, ¿qué pide sino que Dios le dé la fe? En consecuencia, la fe es un don de Dios. Que nadie se envanezca, que nadie se la atribuya a sí, como si se hubiese dado algo a sí mismo” (Sermón 168, 8). Un poco antes había dicho: “Pero yo, dices, he creído. Concedido; dices la verdad, creíste, pero no te has dado tú mismo la fe. ¿De dónde te viene el creer, sino de la fe? La fe que tienes es un don de Dios” (Sermón 168, 1). En otro lugar lo afirma con rotundidad, hablando contra los pelagianos, cuando dice: “Mas ¿por qué no hemos de escuchar nosotros contra esta doctrina aquellas palabras del Apóstol: *¿Quién es el que le dio a El primero alguna cosa para que pretenda ser por ello recompensado? Todas las cosas son de El, y todas son por El, y todas existen en El*. Porque ¿de quién, sino de El, puede proceder el mismo principio de la fe? Pues no se debe decir que de El proceden todas las demás cosas, exceptuada solamente ésta; sino que *de El, y por El, y en El son todas las cosas*. ¿Quién dirá que el que ya ha empezado a creer no tiene ningún mérito de parte de aquel en quien cree? De ahí resultaría que al que de esta manera previamente merece, todas las demás gracias se le añadirían como una retribución divina, y, por lo tanto, la gracia de Dios nos sería concedida según nuestros méritos” (Predestinación de los santos 2, 4)

Agustín piensa que se va hacia Dios porque hemos sido atraídos, se va a Dios creyendo, no corriendo: “Nadie puede venir si no es atraído. A quién atrae y a quién no atrae y por qué atrae a uno, y a otro no, no te atrevas a sentenciar sobre eso, si es que no quieres caer en el error. ¿No eres atraído aún? No ceses de orar para que logres ser atraído. Oye primero lo que sigue y entiéndelo. Si somos atraídos a Cristo, estamos

diciendo que creemos a pesar nuestro y que se emplea la violencia, no se estimula la voluntad. Alguien puede entrar en la iglesia a despecho suyo y puede acercarse al altar y recibir el sacramento muy a pesar suyo; lo que no puede es creer no queriendo... Si es atraído, dirá alguien, va a El muy a pesar suyo. Si va a El a despecho suyo, no cree; y si no cree, no va a El. No vamos a Cristo corriendo, sino creyendo; no se acerca uno a Cristo por el movimiento del cuerpo, sino por el afecto del corazón. Por eso, aquella mujer que toca la orla de su vestido le toca más realmente que la turba que le oprime. Por esto dijo el Señor: *¿Quién es el que me ha tocado? Y los discípulos, llenos de extrañeza, le dicen: Te están las turbas comprimiendo, y ¿dices todavía quién me ha tocado?* Pero El repitió: *Alguien me ha tocado.* Aquella le toca; la turba le oprime. ¿Qué significa tocó, sino creyó?" (Comentario a Juan 26, 2-3). El ejemplo de la hemorroisa es evidente y Agustín vuelve sobre él con frecuencia: "¿Qué es, pues, tocar sino creer? A Cristo lo tocamos con la fe, y es preferible no tocarlo con las manos y sí con la fe, a tocarlo con las manos y no con la fe. Tocar a Cristo no era nada del otro mundo. Los judíos lo tocaron cuando lo apresaron, cuando lo ataron, cuando lo colgaron; lo tocaron, y por tocarlo mal perdieron lo que tocaron. Tócalo tú con la fe, ¡oh Iglesia católica!; tócalo con la fe" (Sermón 246, 4).

Cada uno va en pos de su afición, de aquello que le atrae: "Al alma la atrae el amor. Ni hay que temer el reproche que, tal vez, por estas palabras evangélicas de la Sagrada Escritura, nos hagan quienes sólo se fijan en las palabras y están muy lejos de la inteligencia de las cosas en grado sumo divinas, diciéndonos: ¿Cómo puedo yo creer voluntariamente si soy atraído? Digo yo: Es poco decir que eres atraído voluntariamente; eres atraído también con mucho agrado y placer. ¿Qué es ser atraído por el placer? *Pon tus delicias en el Señor y El te dará lo que pide tu corazón.* Hay un apetito en el corazón al que le sabe dulcísimo este pan celestial. Si, pues, el poeta pudo decir: "Cada uno va en pos de su afición", no con necesidad, sino con placer; no con violencia, sino con delectación, ¿con cuánta mayor razón se debe decir que es atraído a Cristo el hombre, cuyo deleite es la verdad, y la felicidad, y la justicia, y la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo?... Dame un corazón amante, y sentirá lo que digo. Dame un corazón que desee y que tenga hambre; dame un corazón que se mire como desterrado, y que tenga sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna; dame un corazón así, y éste se dará perfecta cuenta de lo que estoy diciendo. Mas, si hablo con un corazón que está del todo helado, este tal no comprenderá mi lenguaje" (Comentario a Juan 26, 4). Si a un niño le enseñan nueces se acerca, es atraído, pero porque él quiere, podría oponerse, hacerse violencia, pero es más fácil seguir el propio deseo. Para acercarse a Cristo es necesario tener un corazón de carne y tener sano el paladar: "Si hemos de ser atraídos, que lo seamos por aquel a quien dice una de esas almas amantes: *Tras el olor de tus perfumes correremos.* Pero pongamos atención, hermanos, en lo que quiso darnos a entender, y comprendámoslo en la medida de nuestras fuerzas... Muestras nueces le atrae; es atraído por la afición y sin lesión alguna corporal; es atraído por los vínculos del amor. Si, pues, estas cosas que entre las delicias y delectaciones terrenas se muestran a los amantes, ejercen en ellos atractivo fuerte, ¿cómo no va a atraer Cristo, puesto al descubierto por el Padre? ¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad? ¿Para qué el hambre devoradora? ¿Para qué el deseo de tener sano el paladar interior, capaz de descubrir la verdad, sino para comer y beber la sabiduría, y la justicia, y la verdad, y la eternidad?" (Comentario a Juan 26, 5).

Creer es llegar a Cristo, y se llega amando, de ahí que Agustín nos invite a creer en el crucificado, a caminar como la oveja cuando tiene hambres, que es atraída si se le

muestra la hierba: “Cree, y vienes; ama, y eres traído. No juzguéis que se trata de una violencia gruñona y despreciable; es dulce, suave; es la misma suavidad lo que te trae. Cuando la oveja tiene hambre, ¿no se la atrae mostrándole hierba? Y paréceme que no se la empuja; se la sujeta con el deseo 3. Ven tú a Cristo así; no te fatigue la idea de un interminable camino. Creer es llegar. En efecto, a quien está en todas partes, no se va navegando, sino amando. No obstante lo cual, también en este viaje del amor hay frecuentes remolinos y borrascas de tentaciones múltiples; cree en el Crucificado para que tu fe pueda subirse al leño” (Sermón 131, 2).

Ante esto es necesario ser agradecidos a Dios por todos sus dones, también por el don de la fe. Pero para poder dar gracias adecuadamente hemos de ser humildes, ya que solo el que reconoce que es Dios el que obra, sólo el que descubre la presencia de Dios llevando adelante la propia santificación, sólo el que reconoce su propia debilidad, sólo este puede dar gracias, de esta forma el mismo Dios nos capacita y nos hace valles y no colinas, es decir, nos da la posibilidad de recibirle a él y a sus bienes: “Gócese porque le fue dado; dé gracias al Dador con humilde, no con arrogante corazón; no pierda por soberbio lo que mereció por humilde. Sí los que van por la senda de la justicia a sí mismos lo atribuyen y a sus esfuerzos, apártanse de ella⁴. Por eso, la Sagrada Escritura, queriendo enseñarnos la humildad, nos dice por medio del Apóstol: *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud*. Y para que no se arrogasen algo en esto, por aquello que dice *obrad*, añadió a continuación: *Porque Dios es el que obra en vosotros así el querer como el obrar, en virtud de su beneplácito. Porque Dios es quien obra en vosotros...* Por tanto, con temor y con temblor haceos valle, recibid la lluvia; porque las depresiones son llenadas, las alturas son secadas, la gracia es una lluvia. ¿Por qué te admiras de que resista Dios a los soberbios y dé su gracia a los humildes? Así, *con temor y temblor*, es decir, con humildad” (Sermón 131, 3). Se trata de aprender esa humildad típica de Agustín que supone reconocer lo que somos, no despreciarlo y ponerlo en actividad.

Evidentemente esta invitación a la humildad y al agradecimiento tienen la misma clave interpretativa en la doctrina de Agustín, que la podemos traducir por todo es gracia, pero es también una prueba más del humanismo que ha de reinar también en el campo religioso y de la humildad y la acción de gracias, de hecho, según Agustín, los fieles han entendido esto antes incluso de ser formulado y es que todos somos conscientes que Dios rechaza a los soberbios y que ser agradecidos es de bien nacidos: “Veo ya en vuestras aclamaciones que os habéis adelantado; ya sabéis lo que voy a decir; esos gritos lo anuncian con anticipación. Y ¿cómo lo sabéis sino por habérselo enseñado aquel a quien os condujo la fe? Dice, pues...; oíd lo que ya sabéis; no os enseño nada nuevo; me limito a recordároslo en esta plática; o mejor dicho, ni enseño ni recuerdo nada; lo uno, porque ya lo sabéis; lo otro, porque ya lo habéis recordado; así, pues, repitamos juntos lo que sabéis lo mismo que yo. Esto dice el Señor: *Aprended la lección y festejadle*; pero con temblor, guardando siempre con humildad lo que habéis recibido. *No sea que se enoje el Señor*; contra los soberbios, desde luego, que se atribuyen a sí mismos lo que tienen y no dan las debidas gracias al autor de quien lo tienen” (Sermón 131, 5). ¿Por qué insiste tanto Agustín en ser agradecidos cuando es algo connatural al hombre? La razón parece estar en que hay muchos ingratos a la gracia, hay muchos que se olvidan inmediatamente de lo que han recibido y se pavonean de lo que tienen, como si no tuviese dueño y no se dan cuenta que el ser agradecidos es fundamental para la salud interior y para caminar por la vida con la cabeza alta: “Quizá digáis: —¿Por qué nos dirá este hombre tantas veces esto? Dos

veces lo mismo, tres veces igual, y dale. Casi nunca nos habla sin volver sobre el tema. —¡Ojalá no hubiese razón para decirlo! Porque hay hombres ingratos a la gracia, que dan demasiado a la débil y herida naturaleza... Dejémonos, pues, curar de buen grado en este albergue eventual; no blasonemos de salud en tanto nos hallamos en cura, porque un tal orgullo sólo tendría una consecuencia: la de no llegar jamás a la salud por falta de cuidado... Dile, pues, a tu alma, valle humilde, no collado erguido; dile a tu alma: *Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus favores.*» ¿Qué favores? Dílos, enuméralos y agradécelos. *El perdona todos tus pecados.* Esto aconteció en el bautismo. Y ¿ahora? *El sana todas tus enfermedades.* Esto ahora, lo reconozco; mas en tanto que aquí estoy, este cuerpo corruptible apesga el alma. Di, pues, lo que sigue: *El rescata tu vida del sepulcro.* Tras el rescate de la corrupción, ¿qué resta?” (Sermón 131, 6-7).

Con Dios todo lo puedes, pero sin él nada se puede, esto es seguro como doctrina en Agustín, de hecho, en un momento determinado dice: “Luego todos nosotros, unidos a nuestra Cabeza, Cristo, somos vigorosos, pero sin nuestra Cabeza no valemos para nada. ¿Por qué? Porque, unidos a nuestra Cabeza, somos vid; sin nuestra Cabeza, lo que Dios no permita, somos sarmientos cortados, destinados no para ser empleados por los agricultores, sino para el fuego. De aquí que Cristo dice en el Evangelio: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre el agricultor;* y también: *Sin mí nada podéis hacer.* ¡Oh Señor!, sin ti, nada; contigo, todo. En efecto, todo lo que obra El por nosotros parece que lo ejecutamos nosotros. El puede mucho; aún más, todo sin nosotros; nosotros no podemos nada sin El” (Comentario al salmo 30, II, 1, 4).

La vida del creyente para Agustín se mueve siempre en el ámbito de la gracia, pero sólo el humilde reconoce la propia pobreza y es que el hombre es siempre mendigo de Dios y ha de estar a su puerta mendigando: “¿Qué cosa es ser mediador entre Dios y los hombres? No es mediador entre el Padre y los hombres, sino entre Dios y los hombres. ¿Qué cosa es Dios? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Qué son los hombres? Pecadores, impíos, mortales. Entre aquella Trinidad y la debilidad e iniquidad de los hombres se hizo mediador un hombre que no es inicuo, pero sí débil, a fin de que, por no ser inicuo, te uniera a Dios, y por ser débil se acercase a ti, y de este modo existiese entre el hombre y Dios un Mediador, *el Verbo hecho carne*, es decir, el Verbo hecho hombre. Los hombres son llamados bajo la denominación de carne; de aquí aquello: *Y verá toda la carne la salud de Dios.* Se dijo toda la carne por todos los hombres” (Comentario al salmo 29, 2, 1). En uno de los sermones nos dice con claridad la situación de todo hombre frente a Dios, siempre somos mendigos y todo nos viene de Él: “Cuando dices: *Tóanos hoy nuestro pan de cada día*, te proclamas mendigo de Dios. Pero no te ruborices; por rico que sea uno en la tierra, siempre es mendigo de Dios. Yace el mendigo a la puerta del rico; pero también este rico yace a la puerta del Gran rico. Le piden a él y pide él. Si no sintiese necesidad, no llamaría mediante la oración a los oídos de Dios. ¿De qué tiene necesidad el rico? Me atrevo a decirlo: tiene necesidad hasta del pan cotidiano. ¿Por qué tiene abundancia de todo? ¿De dónde le viene sino de que Dios se lo otorgó? ¿Con qué se quedará si Dios retira su mano? ¿No se levantaron pobres muchos que se acostaron ricos? Si, pues, no les falta nada, es misericordia de Dios, no poder suyo” (Sermón 56, 9). ¿Qué es lo que podemos pedir a Dios? Lo que necesites, pero sobre todo, pídele la justicia, pídele sus dones: “Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios, quien poco ha, mediante las palabras del Evangelio, te exhortaba a que pidieras, buscaras, llamaras. El sabía que eras su mendigo, y como padre de familia enormemente rico en riquezas espirituales y eternas,

te exhorta y te dice: Pide, busca, llama. *Quien pide recibe, el que busca encuentra, a quien llama se le abre*. Te exhorta a que pidas; ¿va a negarte lo que le pides?” (Sermón 61, 4).

Por tanto, todo lo que tiene el hombre procede de Dios, es don de Dios: “No te lo atribuyas, no sea que te halles entre los nueve que no le dieron las gracias. Sólo uno se mostró agradecido; los restantes eran judíos; él, extranjero, y simbolizaba a los pueblos extraños; aquel número entregó a Cristo el diezmo. A él, por tanto, le debemos la existencia, la vida y la inteligencia; a él debemos el ser hombres, el haber vivido bien y el haber entendido con rectitud. Nuestro no es nada, a no ser el pecado que poseemos. Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? Así, pues, vosotros, sobre todo quienes entendéis lo que oís: que es preciso curarse de la enfermedad, elevad a lo alto vuestro corazón purificado de la variedad y dad gracias a Dios” (Sermón 176, 6). Pero lo recibido ha de producir su fruto, es decir, nosotros somos depositarios que ponemos a producir lo que hemos recibido y no lo escondemos mestamente como si nouviésemos que dar cuenta de ello. Pero para que pueda dar el fruto adecuado en la raíz ha de estar el amor, porque es el amor el que hace posible dar los frutos que Dios quiere: “Dijimos esto refiriéndonos a hechos semejantes. En hechos distintos, vemos que el hombre se hace cruel por la caridad y afable por la iniquidad. El padre castiga al niño; el mercader se muestra afable con todos. Si das a escoger ambas cosas, el castigo y los halagos, ¿quién no elegirá los halagos y huirá de los azotes? Si atiendes a las personas, la caridad castiga, la iniquidad acaricia. Atended a lo que os recomendamos; no se distinguen los hechos de los hombres a no ser por la raíz de la caridad. Pueden hacerse muchas cosas que en apariencia son buenas, pero no proceden de la raíz de la caridad. También las espinas tienen flores; hay cosas que parecen ásperas, horribles, pero sirven para instruir cuando las dicta la caridad. Oye, pues, de una vez un breve precepto: Ama y ¡haz lo que quieras; si callas, clamas, corriges, perdonas; calla, clama, corrige, perdona movido por la caridad. Dentro está la raíz de la caridad; no puede brotar de ella mal alguno” (Comentario a la epístola de Juan 7, 8).

Lo que queremos decir es que el hombre ha de compartir lo que ha recibido, no lo ha recibido para el engorde personal, sino para bien de todos, pero hemos de ser conscientes de que “es mucho más seguro el atribuirlo todo a Dios que dar una parte a El y otra para nosotros” (El don de la perseverancia 6, 12). Todo es gracia y don de Dios, pero esto conlleva una obligación: darlo todo, por eso nos recuerda Agustín: “Quien te hizo te exige todo” (Sermón 34, 7). Pero si todo es don de Dios, todo ha de agradecerse, la gratuidad provoca la gratitud, así como el soberbio cree que todo le es debido, que todo lo merece, el humilde sabe que, en el campo de la vida espiritual, todo es regalo, todo es dádiva gratuita: “Ya vais por él; no queráis ensoberbeceros, para no ser echados de ahí. *Y perezcáis*, dice, del camino justo, *cuando en breve se enardeciere su cólera* sobre vosotros. No, no irás muy lejos. En el punto y hora donde te hayas ensoberbecido, pierdes lo recibido. Un sí es no es aterrado el protagonista del salmo, y diciendo, supongamos, «¿Qué hacer?», prosigue: *Bienaventurados los que confían en él*; no en sí mismos, sino en él. *Por la gracia hemos sido salvados*; y esto no de nosotros, por ser ello don de Dios” (Sermón 131, 5). Por tanto, hemos de vivir en actitud de agradecimiento. Lo cierto es que toda nuestra vida está en las manos de Dios y lo que más quiere Dios es que confiemos plenamente en él, que nos abandonemos en sus manos. Si Dios está con nosotros, si está presente, todo es posible.

Ha vencido la gracia de Dios, así lo dice en las retractaciones el mismo Agustín: “Ha vencido la gracia de Dios” (Retractaciones 2, 1, 1). Todo, por tanto, es gracia de Dios, todo es don de Dios: “Pero todo lo demás, que es don de Dios (según lo admiten para evitar el error pelagiano), como la pureza, la continencia, la paciencia, etc., etc., virtudes por las cuales uno es justo, y que se obtiene de Dios por la fe, debían enseñar que había que pedir las al Señor para sí o para otros, pero no exhortar a adquirirlas y conservarlas. Empero, cuando exhortan y confiesan que hay que exhortar a los hombres a la práctica de estas virtudes, bien paladinamente manifiestan que nuestras exhortaciones a la fe y a la perseverancia final no son inútiles porque digamos que ambas son dones de Dios” (Don de la perseverancia 17, 45).